

Roberto Juarroz, por Javier Correas

Una tarde de 1978 entrevisté a Roberto Juarroz en su despacho de director del departamento de Bibliotecología de la Universidad de Buenos Aires, en la calle 25 de mayo. El reportaje apareció el domingo siguiente ocupando más de media página del suplemento literario de *La Prensa*. Hasta entonces, nunca había visto al poeta. Había leído, por supuesto, composiciones de su poesía vertical en las ediciones dominicales de *La Nación* y *La Gaceta* de Tucumán. Alejandra Pizarnik, que lo conoció en París a comienzos de los años 60 me había hablado de él con admiración y afecto. Confieso que no compartía esa admiración. La poesía de Juarroz me parecía demasiado intelectual; era lo que hoy se llama “poesía del pensamiento” y antes se llamaba “poesía metafísica”: revelación y conocimiento. Yo prefería la poesía lírica, que es belleza, música y emoción; una felicidad del lenguaje antes que una especulación filosófica. No creía entonces que la poesía pudiera ser ambas cosas; descubrir nuevas dimensiones de la realidad y, al mismo tiempo, conmover, encantar. Confieso ahora que las observaciones y reflexiones de Juarroz en aquel reportaje contribuyeron a llegar a esa conclusión, a aceptar las distintas manifestaciones poéticas.

Por otra parte, aquella entrevista me llevó a descubrir a un personaje singular, un poeta parecía habitar en otro mundo, una suerte de iniciado, de místico de la poesía.

De estatura regular, tirando a bajo, cabeza grande y mirada entre serena y penetrante, Juarroz me invitó a sentarme a su lado, pero me pareció algo incómodo ante la presencia del fotógrafo que me acompañaba. “Yo creo —me dijo— que la poesía es una búsqueda del ser, que su destino, su objeto, es no sólo descubrir más ser sino crear más ser; es un calar hondo en el ser interior para proyectarse desde ahí al ser de todas las cosas. Siento, en suma, que la poesía es una manera de decir lo que casi no se puede decir, de buscar lo que casi no se puede encontrar. Hablo de la poesía más profunda, que es la que más me interesa.

Al leer el libro de Javier Correas *Roberto Juarroz, la palabra necesaria*, reviví aquella entrevista y las palabras del poeta.

Correas, que lo conoció siendo estudiante de letras, cultivó su amistad hasta su muerte y tuvo el privilegio de ser destinatario de cartas y poemas inéditos. El breve volumen que estamos presentando es la tesis de su licenciatura. En ellas Correas desarrolla un lúcido análisis de la obra de Juarroz; también advertimos, entre líneas, la expresión de una admiración conmovedora. Correas destaca la poca importancia que Juarroz daba a su biografía, a los aspectos materiales de su vida, en contraste con su apasionada entrega al enigma trascendente de la poesía. Con Juarroz —afirma— se fue uno de los hombres más puros y hondos de la segunda mitad del siglo XX.

En 1998, cuando fui designado miembro de número de esta Academia Argentina de Letras, me tocó ocupar el sillón dejado vacante por la muerte de Juarroz, ocurrida tres años antes. En mi discurso de incorporación tracé de él una breve semblanza.

“No olvido- comenté – su opinión acerca de que la poesía tiende a proporcionar un conocimiento por vías que no son las tradicionales únicamente, como si el poema generara otra forma de percepción”.

“Decir lo imposible, “Palabra y silencio”, “poesía del pensamiento” y “Mirada en tensión”, son los títulos en que se divide el trabajo de Jaime Correas y constituyen, a la vez, las claves de la obra de Juarroz. De estas páginas surge un Juarroz al que no le preocupaba, como a tantos otros, ser reconocido sino perseverar en la búsqueda de su interior.

Fue un hombre que daba la impresión de ser puro espíritu y fervor poético. Como quería Stendhal, un poeta que hizo de su vocación una pasión y de su pasión un destino.

Antonio Requeni